

## Al volante de un automóvil

# Bitácora de un viaje

**HERNÁN BECERRA PINO**

**E**ran las once de la mañana cuando pasé por el camino que lleva a Ixhuatán, tierra que vio nacer a don Andrés Henestrosa. Venía desde Tapachula y había hecho escala en Arriaga de los Vientos, lugar donde pasé la noche, durante mi viaje en mi carrito Pointer hacia el Distrito Federal. Casi no manejo, sigo los consejos –sin ser yo un intelectual– de José Emilio Pacheco, quien alguna vez me dijo: “Yo no manejo porque si lo hago choco. Los intelectuales no manejamos. Ahí tienes el ejemplo de Carlos Fuentes, Octavio Paz y Carlos Monsivais...”

Al llegar a Ixhuatán se me atravesó en el camino una muchacha, nos miramos a los ojos y luego le pedí me dijera dónde estaban el centro de Ixhuatán y la casa de don Andrés Henestrosa. La jovencita me indicó la dirección y fui a conocer el parque de Ixhuatán. Cuando caminaba por la calle principal, volví a encontrarla y me dijo: “Soy sobrina de don Andrés y lo vine a buscar para llevarlo con mi papá, sobrino de don Andrés Henestrosa. Yo misma llevo el apellido Henestrosa”, concluyó orgullosa. Me dejé guiar hacia: pasamos primero por la iglesia principal, luego fuimos a la Casa de la Cultura Andrés Henestrosa. El recorrido finalizó en la casa familiar. Su papá estaba acostado en una hamaca de seda. El señor habló de don Andrés, de la casa donde vivió junto al río Ostuta, y al final me pidió que lo acompañara a la casa de su hermano Rogelio Henestrosa, escritor, y me regaló su libro *De mesa y sobremesa*.

Conversaciones con don Andrés Henestrosa. Al llegar me ofrecieron una hamaca para que me acostara cerca de Rogelio quien estaba acostado en otra y conversó como solo lo hace la gente de por allá. Nuestras hamacas estaban amarradas a unos árboles de chicozapote que nos daban sombra. Después de la gran plática me regalaron frutos del patio de la casa.

Oaxaca

Llegué a la bella ciudad de Oaxaca, la antigua Verde Antequera. Eran las cuatro de la tarde y el sol me daba en plena cara. Busqué un hotel y poco después me fui a caminar por el centro. Entré a su Catedral. Al otro día lo primero que hice fue conocer el imponente templo de Santo Domingo, iglesia famosa a nivel mundial por su arquitectura pero sobre todo por su retablo de oro, relumbrante de belleza. El templo de Santo Domingo de Guzmán es –como la orden de los Dominicos–, sencillo en el exterior y con una alta sensibilidad en su interior. Al mediodía fui a comer al restaurante que está casi frente a Catedral, se llama La casa de la abuela, lugar donde probé por primera vez el famoso mole amarillo con carne de res y una cerveza bien fría. Por la tarde fui al Museo de Artes de Oaxaca.

En la parte sur de la Plaza de Armas, se encuentra el palacio de gobierno del estado, reconstruido en 1932 a raíz de los daños que le ocasionó uno de tantos temblores, comunes en esta región. Su estilo arquitectónico es una mezcla de renacimiento francés e italiano, basado en columnas dóricas.

Este edificio es el centro de la vida política del estado y albergó en su momento a tres grandes hombres de México: el cura Morelos, el inmortal Benito Juárez y don Porfirio Díaz.

En los muros de la escalinata principal se encuentra el mural realizado por Arturo García Bustos, Oaxaca en la historia y el mito, que evoca la grandeza de esta ciudad.

Los mercados oaxaqueños fueron durante mucho tiempo centro de atención de antropólogos, literatos, periodistas y artistas que describieron la belleza del principal de ellos, en una entidad que hace del sistema de tianguis tradicional su mecanismo de producción y distribución por excelencia.

En medio de los dos mercados centrales está el templo de San Juan de Dios, primera iglesia construida en Oaxaca y primera catedral en tierra de mixtecos y zapotecos. Visité también la iglesia de La Soledad y el Museo Rufino Tamayo...

La Catedral fue sede del poder espiritual en la época colonial y parte de la vida independiente del país. Su origen es contemporáneo a la fundación de la Nueva Antequera.

En La Alameda de León se congregan la historia y las tradiciones; los viejos edificios y las nuevas generaciones que rescriben diariamente la historia de la enti-

dad. Por eso, los Portales, el Zócalo y la alameda son punto de reunión para todo aquél que quiera vivir plenamente la ciudad. Tiene frondosos y viejos árboles, bajo cuyas sombras los oaxaqueños se refrescan del calor de mediodía o se sientan a descansar antes de volver a sus casas al anochecer. En esta parte de la ciudad, la mayoría de las edificaciones son de verde cantera, por lo que se conoce a la ciudad como la Verde Antequera. La Alameda lleva el apelativo “de León”, en honor al héroe de la Independencia, don Antonio de León.

La Plaza de la Constitución o Zócalo es el lugar de esparcimiento de las familias oaxaqueñas, rodeada ahora de restaurantes, hoteles, tiendas de artesanías y cafés al aire libre, donde por las tardes se reúnen los oaxaqueños a platicar, discutir y a dejarse ver; ha sido centro de la vida política, cultural y social de todos; llegar a ella es estar en Oaxaca. A sólo dos cuabras se encuentra el teatro principal, bautizado con el nombre del compositor Macedonio Alcalá.

A la mañana siguiente fui a conocer el templo de San Felipe Neri, el Museo de Arte Contemporáneo de Oaxaca, el Museo Regional de Antropología e Historia. Visita especial fue al exconvento de Santa Catalina de Siena, uno de los edificios mejor restaurados; el conjunto es sobrio y macizo e invita a la contemplación y meditación; en sus claustros y en sus corredores se respira el aire de recogimiento espiritual que debió imperar ahí desde la Colonia.

#### Guelatao

Rumbo a Guelatao, el pueblo que vio nacer a don Benito Juárez. Fui subiendo la famosa sierra que lleva su nombre y al llegar a La Cumbre sentí que el voladero me jalaba y me mareé. Vi una cabaña que ofrecía comida y me bajé del coche para preguntar a la dueña del lugar qué me deparaba el viaje a Guelatao. Ella me dijo: “Para Guelatao ya es bajar, aquí es lo más alto. Siga adelante.



Alejandro Caballero

Casi es la misma distancia de aquí a Guelatao que a la ciudad de Oaxaca.” Seguí mi camino y ya me quería bajar, sentía que los abismos me jalaban. Por fin llegué. A los pies de Guelatao se encuentra un río que lleva el mismo nombre del pueblo; allí me estacioné, me puse una calzoneta y a nadar. Era mucho el calor, pero las frescas aguas del río me reavivaron. Poco después entraba al pueblo. Lo primero que hice fue buscar el famoso lago donde se perdió aquel pastorcito creador de nuestra nación, que después sería presidente de México. Me quedé mirando las imponentes montañas y el bello paisaje y dije: así cualquiera llega a ser presidente. El paisaje, el entorno es fundamental. García Márquez no hubiera escrito Cien años de Soledad, si no hubiera nacido en Aracataca, o Vargas Llosa no hubiera escrito La ciudad y los perros, si no hubiera nacido en Lima, o Juan Rulfo no hubiera escrito Pedro Páramo, si no hubiera nacido en Tuxtepec (el verdadero Comala). Asimismo Juárez no hubiera sido lo que fue, si no hubiera nacido en el corazón de esa sierra: un lugar que invita a reflexionar con profundidad.

Como su museo estaba cerrado –hacia cinco minutos le habían puesto llave– fui a tocarle la puerta a la que cuida el recinto para que me abriera. Ella me dijo que por ninguna razón me iba a abrir, que existía un horario. Y que su descanso era sagrado. Le dije que le regalaría mi libro México Entrevistado y le quedaría eternamente agradecido; además de que iba a escribir algo al respecto. Me repuso que me fuera y que lo iba a pensar. Así lo hice y poco tiempo después estaba yo dentro del museo. Vi fotos de Juárez y su bastón en una vitrina.

Al rato me encontraba sentado frente al lago donde se perdió Benito y ahí me quise perder yo, pero ese lago se ha hecho chiquito y Juárez se había immortalizado. Aquí me acordé de algunas líneas de aquel dancón: “Si Juárez no hubiera muerto...”

Seguí mi camino. En la ciudad de Ixtlán busqué un hotel donde hospedarme. Como todavía había luz

–eran las seis de la tarde, pero como en este lugar nunca cambian la hora a su reloj eran las cinco– me fui a conocer el pueblo de Calpulalpam. Rodeado de hermosos paisajes montañosos, se alza aquí uno de los conjuntos religiosos de mayor valor artístico en el país, especialmente porque aún conserva la techumbre de alfarjes de madera, que fuera construida en el siglo XVI. Al anochecer, de regreso a Ixtlán, fui a conocer su bello templo, ejemplo del barroco, aunque en sus elementos confluyen el salomónico y características del plateresco... En el interior del templo de Ixtlán se contemplan retablos churriguerescos del siglo XVIII, resguardados por varios óleos, obra del pincel de Loanes Antonius Chávez.

En el hotel me encontré unas bellas tabasqueñas que venían de Cárdenas. Habían hecho su recorrido por el camino de Tuxtepec. Una de ellas, muy asustada, me contó cómo se habían quedado sin frenos y cómo se salvó de irse al voladero... “Mire –me dijo– cuando estábamos en la parte más alta de la sierra, usted miraba las nubes abajo. Jalé el freno de mano y quedé en un lugarcito, en donde sólo entró el carrito, éste que usted ve aquí. Por fortuna un señor se detuvo para ayudarnos. Dijo que se habían calentado los frenos, por bajar frenando. Y el señor nos trajo aquí. Pero le juro ¡Por Dios! que nunca vuelvo a manejar por esta sierra.”

Al otro día regresé a la ciudad de Oaxaca, pero sólo de paso porque me dirigí hacia la ciudad de Tehuacán, Puebla, lugar donde me quedé a descansar. Me hospedé en un céntrico hotel y me fui a refrescar al balneario de San Lorenzo. Es un manantial en medio de un desierto de cactáceas que te hace renacer. Después fui a comer tacos árabes y a dormir a pierna suelta. A la mañana siguiente me dirigí a la Ciudad de México, pero antes probé unos mixiotes de conejo en Río Frio.

Fue un viaje estupendo a pesar del temor que me produce conducir. 🐾